



XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Había un hombre rico... Y uno pobre”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Amós 6,1.4-7; 1Timoteo 6,11-16; Lucas 16,19-25

No hay duda de que Lucas es un evangelista muy en sintonía con la preocupación de Jesús por la situación de precariedad de los pobres y su maltrato y, en consecuencia, por la responsabilidad de los ricos en su sufrimiento y hasta en su muerte. Ya lo veníamos observando en los domingos precedentes con parábolas y dichos de Jesús. Hoy nos vemos confrontados por otra de las parábolas que sólo Lucas recoge, la del pobre Lázaro y el rico. La liturgia del domingo acompaña la parábola con un texto de Amós, ese recio profeta del siglo octavo a.C., sobre el lujo desenfrenado de los ricos –“los notables de la capital de las naciones”–, olvidando –“sin afligirse”– la penuria y el riesgo de destrucción en que vive su pueblo.

Sin mayor introducción, y después de una serie de dichos de Jesús, Lucas presenta la parábola acentuando el contraste entre dos situaciones: “Había un hombre rico ... Y uno pobre”. Luego describe los rasgos en oposición que los caracteriza en su manera de vestir: “púrpura y lino” el rico, “cubierto de llagas” el pobre; y en su manera de comer: el rico disfrutaba “todos los días espléndidos banquetes”, mientras que el pobre “deseaba llenarse de lo que caía de la mesa del rico”. Todavía acentúa más la desgraciada situación deplorable del pobre: “hasta los perros venían y le lamían las llagas”. ¿Pensaría Jesús, al contar esta parte de la parábola, en la minuciosa descripción y dura censura de Amós a la vida lujosa y desentendida de los ricos, a los que acusa además de que “pisotean al pobre y quieren suprimir a los humildes de la tierra” (Am.8,4)? ¿Podríamos nosotros continuar leyendo sin reconocer primero, en la descripción que hacen Amós y Jesús, un certero y desafiante cuadro de lo que ocurre en nuestra realidad, las terribles y crecientes desigualdades que existen hoy en nuestra humanidad? Según informes muy precisos se sabe que un grupo muy reducido de personas dispone de más bienes que de los que puede contar en su conjunto la otra inmensa mayoría de la población para satisfacer sus necesidades elementales de comida y vivienda. El derroche de muy pocos en comidas exquisitas, amplias residencias y otros

* Ciclo C.

lujos constituye un escandaloso e insultante contraste para los hambrientos desnutridos, los sin techo y sin trabajo, y los migrantes externos e internos de nuestra sociedad. El contraste entre los dos grupos de personas y la actitud de Jesús hacia ellos ya lo había reseñado el evangelio de Lucas al recordar las “bienaventuranzas” –“Felices ustedes los pobres”– y las lamentaciones –“¡Ay de ustedes los ricos...!” (6,20-25), El tema vuelve una y otra vez. Sin duda expresa una preocupación grave de Jesús y de su mensaje. Llama la atención que Jesús en la parábola presenta al pobre con su nombre – Lázaro- mientras que al rico lo deja en el anonimato. Buen contraste con nuestra realidad: los ricos son conocidos por sus nombres, sus títulos y propiedades; los pobres no pasan de ser anónimos números de estadísticas.

La descripción de Amós insinúa que no se trata de una mera yuxtaposición de situaciones y de personas, sino de algo más profundo e históricamente comprobable: la riqueza de unos se alimenta de la pobreza y explotación de los otros.

La parábola corta bruscamente la descripción con la muerte de ambos personajes, señalando escuetamente el destino radicalmente distinto: Lázaro “fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán”. Si bien la expresión no se encuentra en otros lugares, parece indicar el lugar de salvación junto a Dios, del que sin duda goza el patriarca. Del rico sólo se dice: “también murió y fue sepultado”. Un versículo más adelante se precisa: “estando en el Abismo entre tormentos”. La suerte de ambos termina en un contraste de situaciones opuestas a la que mantuvieron en la vida, lo que permite entrever el juicio de Dios.

La segunda parte de la parábola continúa con un diálogo imaginario entre el rico, desde su lugar de “tormentos” y Abrahán: solicita que Lázaro, a quien ignoró en vida, venga a aliviarle, aunque sea con una gota de “agua en la punta de su dedo”, cosa que el patriarca considera imposible y le recuerda además cómo las situaciones han cambiado para ambos: “recuerda –le dice– que recibiste tus bienes durante la vida y Lázaro, al contrario, sus males”. Quizá Abrahán debió recordarle, más bien, su indiferencia con todos sus bienes ante el sufrimiento y miseria de Lázaro: estaba “junto a su puerta” y no se enteró; siguió banquetear con sus amigos. ¿No es eso mismo lo que ocurre en nuestra humanidad? ¿No será la indiferencia, el prescindir, el no querer ver, el mayor – o al menos el primero– pecado social? Así no nos complicamos la vida, ni la conciencia. Veamos bien si algo de esto no es lo que acontece también “junto a nuestras puertas”.

Un segundo pedido del rico, solicitando de nuevo que Lázaro sea protagonista –cuya posibilidad de protagonismo, siendo sólo un indigente, ignoró en la vida–: que, apareciéndoseles un muerto, sus hermanos recapaciten y se conviertan. La respuesta de Abrahán: “Tienen a Moisés y a los profetas, que los oigan”, se ha enriquecido para nosotros: Tenemos a Jesús, sus palabras y su vida; escuchémoslo y sigamos su camino, asumamos sus opciones y estilo de vida.

La parábola, a primera vista, parece un poco simplista, como si afirmara automáticamente: rico-malo, pobre-bueno. La realidad es más compleja y matizada.

Jesús lo sabía y le vemos dialogando y dejándose invitar con personas ricas o no pobres. Debemos leer e interpretar esta parábola no aislada de las otras del mismo evangelio de Lucas, ni de los relatos que presentan a Jesús abierto a relacionarse con toda clase de personas, pero eso sí teniendo una palabra oportuna de aliento o de dura crítica según las situaciones lo exigen. Lo que Jesús ridiculiza y condena es la actitud de los ricos, cuya avaricia sólo les deja pensar en acumular y guardar para sí sus riquezas (Lc. 12, 15-21) y, ensimismados en su disfrute, no tienen ni ojos para ver lo que ocurre ante su misma cara, ni manos de solidaridad para entender lo que significa compartir, ni sentido de la justicia para comprender que otro modelo de sociedad es necesario y posible, y que eso es tarea de todos. Algunos, como Zaqueo, que era “jefe de publicanos y rico” (Lc. 19,1-10), lo entienden y lo practican.

Lo que se mantiene transparentemente claro es que Jesús en toda su vida fue fiel a lo que proclamó en la sinagoga de Nazaret: “He sido enviado para anunciar la Buena Nueva a los pobres...a proclamar liberación a los cautivos” (Lc, 4,18). Jesús asumió y vivió con coherencia esta proclamación: cercanía compasiva y efectiva a los pobres y desheredados de su tiempo, a sus sufrimientos y a sus esperanzas; tomas de posición y acciones reconociendo su dignidad maltratada de hijos e hijas del Dios, “Padre nuestro”. Los evangelios cuentan su cercanía y sus curaciones, con delicadeza y bondad, de enfermedades, por las que muchas veces eran discriminados, hasta excluidos, por los practicantes de la religión. La densidad de este testimonio constituye para sus seguidores el criterio y la referencia fundamental para verificar la fidelidad y creatividad de sus opciones, prácticas y formas de vida. La “opción preferencial por los pobres” encuentra en la práctica de Jesús su fundamento teológico y su referencia concreta para revisar nuestras maneras de vivir y nuestros compromisos.

El texto de la “Primera carta a Timoteo” resume en una frase lo que se recomienda a Timoteo para que su vida sea conforme al “hermoso testimonio de Jesucristo ante Poncio Pilato”. Se le dice: “corre al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimiento, en la dulzura”. Todo un programa de humanidad y de seguimiento de Jesús. Cuando lo leemos hoy parece algo fácil y razonable. No nos engañemos. En el texto se menciona que “el hermoso testimonio” lo dio Jesús “ante Pilato”, es decir en el proceso de su condenación y pasión. Se entiende mejor lo del “buen combate de la fe”. Vivir y realizar la propuesta del evangelio en nuestra sociedad actual implica un auténtico “combate de la fe”, confronta otros modelos y aspiraciones. En esto debemos ser claros y coherentes, vigilantes y comprometidos.